Shakespeare: Los Fuegos de la Envidia

RENÉ GIRARD, EDITORIAL ANAGRAMA, BARCELONA, 1995.

Resulta sorprendente, por decir lo menos, que la obra de René Girard no haya alcanzado aún en el mundo de habla hispana el reconocimiento que merece, por su hondura conceptual, por su calidad literaria y sobre todo por su contribución al esclarecimiento del problema ético fundamental de nuestro tiempo: la justificación de la violencia. Pocos pensadores contemporáneos se han enfrentado de manera tan aguda como él al mal moral, a la muerte del hombre por el hombre, y sin embargo su reflexión permanece confinada al círculo de los especialistas y a algunos lectores afortunados que hemos encontrado no sólo ilustración sino también inspiración en sus ensayos inclassificables y extraordinarios. Ello se explica, hasta cierto punto, por la excentricidad de Girard, quien enseña hace más de cuarenta años en universidades norteamericanas pero publica en editoriales francesas, y por el carácter fronterizo de su discurso, que pertenece por igual a la crítica literaria, la antropología cultural y la filosofía y moral, y se expresa en un lenguaje elegante y enigmático, más cercano al de un estilista que al de un erudito. Así lo demuestra su más reciente trabajo traducido al castellano, un estudio deslumbrante e innovador sobre Shakespeare.

Aunque es un crítico lite-

rario excepcional y aquí lo prueba con lujo de competencia, Girard no ha escrito una exégesis más sobre la inagotable obra del dramaturgo inglés. *Shakespeare: Los Fuegos de la Envidia* es otra cosa: un análisis del conflicto humano en el teatro del poeta isabelino a partir de la fecunda hipótesis sobre el deseo mimético como dinamismo esencial de la violencia intersubjetiva e intergrupal. Dicha hipótesis, anunciada en *Mentira Romántica y Verdad Novelasca* y expuesta con toda su riqueza en *La Violencia y lo Sagrado*, tal vez la obra maestra de Girard y uno de los libros indispensables de nuestro tiempo, consiste en afirmar que la intolerancia y la barbarie del hombre con el hombre surgen de un mecanismo de nuestra conducta cotidiana que nos hace desear a través de los otros o lo que desean los otros, como en un espejo, mediante una reciprocidad vindicativa que no puede generar más que agresión y destrucción: "Nuestros deseos sólo llegan a ser realmente convincentes cuando son reflejados por los demás (...) Parece que sólo la envidia puede dar alguna consistencia a nuestra felicidad. El ser del placer es ofrecido por otro".

El funcionamiento del deseo mimético como fuente de la venganza y el crimen había sido examinado por nuestro autor en sus textos anteriores a partir de ejemplos literarios,

como la novela romántica, la tragedia griega o *El libro de Job*, con el apoyo de las nociones de chivo expiatorio y crisis sacrificial para concluir que la violencia ha acompañado la experiencia humana a lo largo de toda la historia conocida pero ha sido domesticada mediante dos procedimientos principales: lo sagrado en las sociedades tradicionales y lo judicial en las sociedades modernas. En nuestro caso, como habitantes o transeúntes de esta modernidad disparatada que nos ha tocado en suerte, la justicia del Estado es la única trascendencia que nos queda:

"El sistema judicial aleja la amenaza de la venganza. No la suprime: la limita efectivamente a una represalia única, cuyo ejercicio queda confiado a una autoridad soberana y especializada en esta materia. Las condiciones de la autoridad judicial siempre se afirman como la última palabra de la venganza (...) En tanto no exista un organismo soberano e independiente capaz de reemplazar a la parte lesionada y reservarle la venganza, subsiste el peligro de una escalada interminable (...) Sólo una trascendencia cualquiera, haciendo creer en una diferencia entre el sacrificio y la venganza, puede engañar duraderamente la violencia."

Si tal era la perspectiva planteada en *La Violencia y lo Sagrado*, el nuevo libro de Girard traslada el análisis del

mimetismo moral a su escenario natural: el corazón humano, cuyos vericuetos y secretos nadie ha explorado y cantado con la lucidez y el lirismo de Shakespeare. Con base en la definición aristotélica según la cual la tragedia es el conflicto mortal entre parientes o prójimos, nos hallamos esta vez ante una lectura inquietante, por su voluntad de verdad, de la envidia en la poesía y el teatro del bardo.

Despojado de todo aparato crítico, al punto que apenas si hay referencias a la vasta bibliografía erudita, y escrito en un lenguaje que recuerda el de los grandes estilistas franceses de la primera mitad del siglo como Valéry y Camus, el ensayo de Girard consta de 38 capítulos en los cuales se examinan 18 de las 38 comedias y tragedias, al igual que parte de la poesía, en un alarde de imaginación analítica que resulta muy convincente en sus propias términos, incluso si el lector no está familiarizado con la producción anterior del profesor francés. Casi todas las piezas estudiadas tratan de la peripecia amorosa, que constituye una de las manifestaciones supremas del drama humano y que en la pluma de Shakespeare alcanza honduras aún no superadas. Pero se incluyen también comentarios magistrales sobre algunas tragedias, en torno a lo que el intérprete denomina la ética de la venganza, más un curioso capítulo sobre el *Ulises* de Joyce.

A través de una constante apelación al canon shakespeariano, Girard muestra cómo la envidia no es sólo una desviación de nuestro espíritu sino

a veces su único contenido a su principal sustento, y mientras no tengamos conciencia de ello estaremos condenados al ciclo interminable de la venganza y del crimen. En las comedias románticas, la rivalidad mimética produce desencuentros y rupturas entre las parejas y sus familias, al paso que en los dramas republicanos como *Coriolano* o *Julio César* o en las grandes tragedias como *Hamlet* u *Otelo* da origen al asesinato y a la guerra civil. Según *Los Fuegos de la Envidia*, Shakespeare hace lo que los pensadores políticos no hacen jamás: llega hasta el final de la violencia y lo que encuentra no es el contrato social sino el crimen de la comunidad. "El hombre es un animal extraño que se empeña en llamar sacrificios a los crímenes que comete, como si obedeciera las órdenes de algún dios".

Girard viene a decirnos que Shakespeare es mucho más moderno que nosotros pues es el único en revelar los tabúes de una cultura que se cree liberadora de cualquier tabú: "En el terreno del deseo, las ideas que de siglo en siglo calificamos de subversivas para rejuvenecerlas, son en realidad las más conservadoras, tópicos ya trasnochados en el Renacimiento y de los que Shakespeare se burla sin piedad". Nadie ha percibido mejor que él la tendencia humana a la violencia arbitraria y a la disolución del sentido. Su obra desmonta nuestra razón y descubre su mecanismo fundador, por lo cual va más allá de los límites nietzscheanos y heideggerianos que siguen siendo los nuestros. Pero el crí-

tico concluye con sabio escepticismo que "los grandes creadores literarios jamás son tomados en serio como pensadores".

Entre paréntesis, vale la pena subrayar que la sorprendente actualidad de Shakespeare no termina aquí. Theodor Meron, un distinguido jurista norteamericano, publicó hace algún tiempo en Oxford University Press un fascinante estudio sobre el derecho humanitario y las leyes y costumbres de la guerra en el Renacimiento isabelino y especialmente en *la Vida del Rey Enrique V*, que debería ser traducido sin tardanza a nuestra lengua.

El universo girardino, a pesar del pesimismo moral que transpira el tema de la violencia, parece estar abierto a cierta trascendencia religiosa, como se advierte en las páginas finales de los últimos libros de nuestro autor. En el texto que nos ocupa, tan sólo algunas frases enigmáticas sugieren la peculiar religiosidad de Girard a propósito de la única pieza de Shakespeare que ofrece una posibilidad de redención, esta vez bajo la forma de la reconciliación entre los amantes, frente al conflicto trágico generado por la rivalidad mimética: *Cuento de invierno*, cuyo protagonista, Leontes, personifica los celos de manera mucho más monstruosa que Otelo. En esta obra de madurez, el perdón por amor, puramente inmanente u horizontal, aparece por vez primera en el teatro del bardo como la única repuesta satisfactoria al enrajecimiento de las relaciones afectivas y sociales por la envi-

dia y la venganza. Girard no se sirve de su condición de creyente, bastante atípico por lo demás, para proponer una exégesis religiosa de Shakespeare y de la cultura moderna, y nos deja en este umbral, librados a nuestra propia suerte,

es decir, a solas con nuestra libertad. Este libro memorable no sólo da la razón a Harold Bloom al confirmar que William Shakespeare es el canon mismo de la literatura occidental sino que recuerda una vez más el lugar insular y a la

vez central de René Girard en el pensamiento contemporáneo.

HERNANDO VALENCIA VILLA,
Abogado, Profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales